

Michon y la potestad

LOS ONCE

Pierre Michon

Trad. de María Teresa Gallego Urrutia. Anagrama. Barcelona, 2010. 137 págs.

ABADES

Pierre Michon

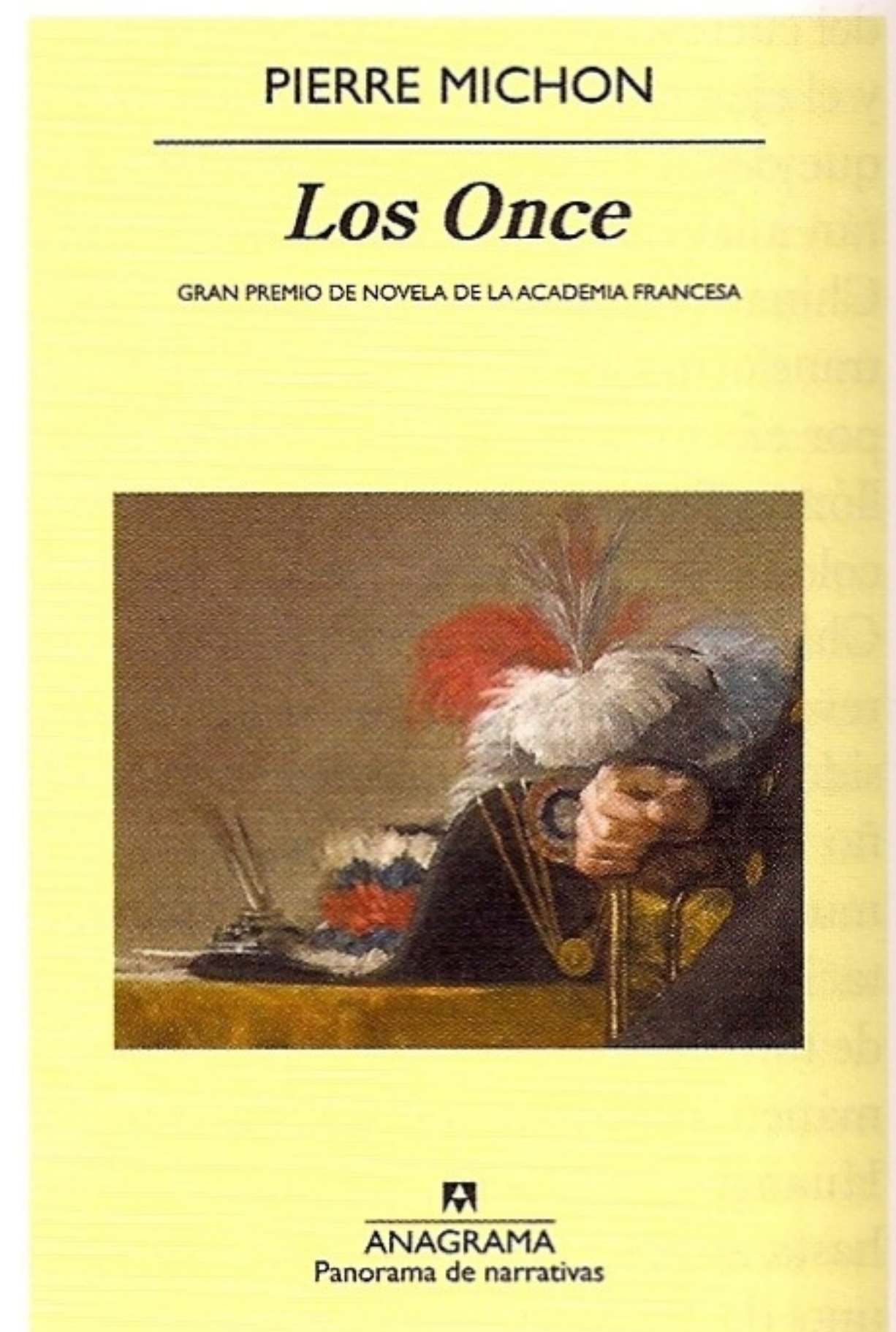
Trad. de N. Valencia Campuzano. Alfabia. Barcelona, 2010. 99 págs.

Recuerdo haber leído hace años unas palabras de Emilio Lledó, uno de los verdaderos y más grandes sabios de este país, a propósito de la escritura de Friedrich Nietzsche. Decía Lledó que los textos del genio alemán, al ser leídos, “poseían relieve”. Esta imagen, tan bella como sencilla, se me antoja aplicable a la escritura de Pierre Michon, en mi opinión el mayor narrador vivo que hoy publica en Europa, si atendemos a la fuerza, profundidad y belleza de su estilo.

En manos de Michon, la literatura es un puro arrebato, capaz de generar unas altísimas cotas de emoción estética que, además, van siempre unidas a una ambición preocupada por la dimensión ética del ser humano dentro del cenagal de la Historia. Pues ese, y no otro, es el gran tema de la creación michoniana: el papel desempeñado por la voluntad dentro de las grandes corrientes de pensamiento y de las grandes manifestaciones políticas que amenazan siempre, como un tsunami indiferenciador, con borrar toda expectativa de singularidad.

Entre el aluvión de títulos que el otoño nos ha traído a los cada vez más abrumados lectores, dos editoriales de Barcelona —la una, Alfabia, en sus albores; la otra, Anagrama, en sus espléndidos e irrenunciabiles cuarenta años— ponen sobre la mesa de novedades sendos títulos del

escritor de Cards, distintos en fecha y ambición aunque al tiempo evocadores de esa identificación de la literatura con el escrutinio del tiempo histórico de la que antes hablaba. El texto de Alfabia integra “El rey del bosque”, breve esbozo sobre el pintor Claudio de Lorena ya recogido hace años por Anagrama en el insuperado *Señores y sirvientes*, además del inédito en español *Abades*, tres textos en torno a las figuras de otros tantos abades sometidos a la vesania del milenarismo, la pasión amorosa y el asunto de la trascendencia. En el primero de estos textos, el más memorable, dedicado al abate Èble, iluminado del Mont Saint Michel, Michon testimonia negro sobre blanco algo que bien pudiera ser el abecé de su concepción y sentido del hecho artístico: “La gloria [...] es el don de propagar el fuego en la memoria de los hombres”. Por su parte, el texto de Anagrama, *Los Once*, es la última obra salida de la chistera del mago de Creuse y plantea de forma paradigmática las siempre difíciles relaciones entre Arte y Política y la no menos compleja consaguinidad entre Ficción y Realidad. Para ello, adecuando los tópicos de la novela histórica al instrumental propio y a su regla de oro de hacer de la palabra virtud y de la literatura prodigio, Michon narra el terror posterior a 1789 al que ya se asomaron Victor Hugo en su apabullante *El 93* o Jules Michelet en su monumental *Historia de la Revolución Francesa*, pero lo hace desde un parapeto distinto, y donde el gran novelista y el gran historiador conjuran a los arquetipos aquél y al pintoresquismo éste, Michon desborda el marco de lo vivido para fraguar una historia conmovedora que se adentra en el terreno de lo soñado. De ese modo, el misterio, una vez más, acaece: la historia íntima de un cuadro y un pintor falsos pero legítimamente plausibles, arroja más luz sobre las tribulacio-



nes de uno de los momentos seminales de la Historia Moderna que las más sesudas páginas de la novela decimonónica y de la historiografía *comme il faut*.

En el párrafo final de Rimbaud el hijo, texto que en su breve continente dinamitaba los tópicos tardorrománticos y nos devolvía al autor de *Iluminaciones* en perpetuo conflicto con esa “lengua de la lengua” que es la poesía, Michon se interrogaba acerca del secreto de su tarea: “¿Qué es lo que hace que la literatura se reanude sin fin? ¿Qué es lo que impulsa a los hombres a escribir? ¿Los demás hombres, sus madres, las estrellas, o las antiguas cosas inmensas, Dios, la lengua? Las potestades lo saben. Las potestades del aire son ese sutil viento entre las hojas”. También Michon, qué duda cabe, es una de las potestades mayúsculas de esa literatura que tanto y tan desmesuradamente amamos.

RICARDO MENÉNDEZ SALMÓN